

Desnutrición y dependencia

Problemas alimentarios de la población latinoamericana

JACQUES CHONCHOL*

El objetivo de este trabajo es, ante todo, medir la importancia de la desnutrición entre la población actual de América Latina, así como señalar las razones que la explican. Después, trataremos de dar algunos datos sobre la cultura y la geografía alimentarias de la región, así como sobre su dependencia alimentaria del exterior. Finalmente, veremos los factores políticos, económicos y culturales que contribuyen a la persistencia de la desnutrición y de la dependencia.

En primer lugar, nos parece importante recordar la distinción fundamental entre el hambre y la desnutrición. Las dos situaciones están ligadas al fenómeno de la pobreza. Con frecuencia, las dos pueden afectar, y afectan, a las mismas poblaciones. Sin embargo, mientras que la primera es un fenómeno ocasional debido a factores climáticos (por ejemplo, malas cosechas por sequía o inundación) o políticos (consecuencia de guerras que destruyen el sistema normal de abastecimientos), la segunda es más permanente y, a la larga, más grave. El hambre azota sobre todo a los habitantes del campo, y el caso más conocido en América Latina es el que padece periódicamente la población del nordeste de Brasil. La desnutrición por insuficiencia permanente de alimentos, frecuentemente relacionada con desequilibrios del régimen alimentario, afecta de una manera más constante tanto a los habitantes de las ciudades como a los del campo.

En este trabajo abordaremos el problema alimentario de la población latinoamericana fundamentalmente como un problema de desnutrición.

DISPONIBILIDAD MEDIA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS

En conjunto, tomando en cuenta la producción nacional menos las exportaciones más las importaciones de productos alimenticios, a principios del decenio de los setenta América Latina tenía una disponibilidad media de calorías, proteínas y materias grasas, por día y por persona, superior o cercana a los promedios mundiales y bastante más satisfactoria que la

del resto del Tercer Mundo. Desde luego, esta disponibilidad era inferior a la de la mayoría de los países industrializados, y sólo se aproximaba a la de algunos de ellos, como Israel, Japón y África del Sur (véase el cuadro 1).

Podemos observar que en América Latina el consumo promedio de calorías era 15% superior al de las otras regiones del Tercer Mundo pero, si sólo se consideran las calorías de origen animal, la diferencia en favor de América Latina era bastante mayor (más del doble).

Asimismo, si se toman en cuenta las proteínas de origen animal y las materias grasas, la situación de América Latina es buena en relación con la de otras regiones.

Desde el punto de vista de la situación alimentaria, el continente latinoamericano no constituye un conjunto homogéneo de países. En efecto, en la región hay, por una parte, países con promedios de disponibilidad de alimentos similares y, en ciertos aspectos, superiores a los de los países industrializados, como Argentina y Uruguay; por otra, países con promedios que están entre los más bajos del Tercer Mundo, como Haití, El Salvador, Bolivia, Ecuador y Guatemala.

Esta situación desigual salta a la vista en el cuadro 2, donde se clasifica a los países latinoamericanos por su disponibilidad promedio de calorías y de proteínas en 1970. Pueden observarse las enormes diferencias entre ellos. Por otro lado cabe señalar que, si bien en varios países de la región mejoró la situación alimentaria promedio durante el período 1961-1973, en algunos empeoró después de 1973 a causa de las políticas sociales represivas anti-inflacionarias que se aplicaron, como en los casos de Chile y Perú, por ejemplo.¹

Si se comparan los promedios de disponibilidad de calo-

1. México, por su parte, también vio deteriorarse su situación alimentaria entre 1967 —el mejor año desde el punto de vista de la condición alimentaria promedio de su población— y 1976. En 1967, el consumo aparente era de 2 750 calorías y 80 gramos de proteínas diarias por persona; en 1976, sólo fue de 2 510 calorías y 75 gramos de proteínas (véase la intervención de Adolfo Chávez en su informe al Presidente de la República respecto al Seminario sobre la Organización Campesina y el Desarrollo Agroindustrial, celebrado en Oaxtepec, Morelos; *Comercio Exterior*, vol. 28, núm. 3, México, marzo de 1978, pp. 316-318).

* Profesor asociado, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad de París III. Este trabajo es un texto introductorio para el Taller de Producción de Alimentos y Nutrición del V Congreso Mundial de Sociología Rural, que se celebrará en la ciudad de México del 7 al 12 de agosto de 1980. [Traducción del francés de Leticia Leduc.]

CUADRO 1

Disponibilidad media de calorías, proteínas y materias grasas por día y por persona, 1970

Regiones	Calorías		Proteínas (gramos)		Materias grasas (gramos)
	Totales	Animales	Totales	Animales	
Estados Unidos, Canadá	3 261	1 350	97	69	153
Europa Occidental	3 051	1 006	89	49	124
Oceanía	3 283	1 549	100	69	145
Israel, Japón, África del Sur	2 587	423	78	33	57
URSS y países socialistas de Europa	3 181	806	93	41	88
América Latina	2 524	445	65	24	60
África	2 179	125	59	10	38
Medio Oriente	2 376	227	67	13	44
Lejano Oriente y Sureste de Asia	2 076	133	52	8	29
China y otros países socialistas de Asia	2 069	185	59	9	32
<i>Total mundial</i>	<i>2 422</i>	<i>410</i>	<i>67</i>	<i>22</i>	<i>57</i>

Fuente: *La alimentación en América Latina dentro del contexto mundial*, documento elaborado por la División Conjunta CEPAL-FAO para la XIII Conferencia Regional de la FAO para América Latina, Panamá, 12-23 de agosto de 1974.

rías en los diferentes países con los mínimos necesarios establecidos por los expertos en nutrición de la FAO, puede observarse una diferencia considerable entre ambas magnitudes. La situación más grave se presentó en cuatro países de la región: Haití, El Salvador, Ecuador y Bolivia, en los cuales

la disponibilidad durante 1971-1973 fue de 15 a 17 por ciento inferior a los mínimos establecidos. Sin embargo, otros seis países, con una situación algo mejor, están también por debajo del mínimo: Colombia, Guatemala, Honduras, República Dominicana, Trinidad y Tabago y Venezuela.²

CUADRO 2

Disponibilidad media de calorías y proteínas en los países latinoamericanos, por día y por persona, 1970

Países	Calorías	Proteínas (gramos)	
		Totales	Animales
<i>Menos de 2 000 calorías</i>			
Bolivia	1 902	49	14
Ecuador	1 906	48	17
El Salvador	1 873	46	14
Guatemala	1 972	50	12
Haití	1 896	47	5
<i>Entre 2 000 y 2 500 calorías</i>			
Colombia	2 160	48	23
Costa Rica	2 344	61	27
Guyana	2 399	59	22
Honduras	2 042	52	15
Jamaica	2 331	60	27
Nicaragua	2 314	61	19
Panamá	2 429	65	27
Perú	2 194	57	20
República Dominicana	2 143	49	20
Trinidad y Tabago	2 442	67	28
<i>Entre 2 500 y 3 000 calorías</i>			
Brasil	2 613	65	22
Cuba	2 688	63	28
Chile	2 540	66	27
México	2 660	67	16
Paraguay	2 798	70	30
Venezuela	2 524	64	27
<i>Más de 3 000 calorías</i>			
Argentina	3 036	98	60
Uruguay	3 105	108	73

Fuente: FAO, *Agricultural Commodity Projections, 1970-1980*. Véase *La alimentación en América Latina...*, op cit., p. 21.

Sin embargo, hay que señalar desde ahora que todos estos promedios regionales o nacionales que sirven para hacer comparaciones generales, tienen una utilidad muy limitada. En realidad, tienden a ocultar los verdaderos problemas alimentarios, mucho más vinculados con la manera en que se distribuye el consumo de alimentos entre la población. En este sentido, se debe examinar ante todo la situación de los diferentes estratos socioeconómicos de la población de cada país y los problemas de las diferentes subregiones geográficas según sus caracteres específicos, su cultura alimentaria y sus sistemas de abastecimiento. También es importante considerar la situación de la población urbana y rural, la aportación de la agricultura de subsistencia a las poblaciones rurales y los sistemas de distribución en las poblaciones urbanas y rurales.

Primero, consideremos el factor más importante: la situación socioeconómica de los diferentes estratos de la población.

DISPONIBILIDAD DE ALIMENTOS SEGUN EL NIVEL DE INGRESOS

Contrariamente a una idea bastante difundida en la actualidad, el problema alimentario no es fundamentalmente de producción. Es, sobre todo, un problema de ingresos y de poder adquisitivo.

Si la distribución de los ingresos fuese menos desigual entre los países y entre las clases sociales de cada país, hoy

2. Véase el documento presentado en la Conferencia Latinoamericana CEPAL/FAO sobre Alimentación, celebrada en Lima (Perú) del 21 al 29 de abril de 1976, titulado *Necesidades de alimentos: políticas y programas de alimentación y nutrición*.

en día no habría subalimentación en el mundo, aun sin aumentar la producción actual. De hecho, la subalimentación es resultado, sobre todo, del despilfarro de alimentos relacionado con la distribución desigual de los ingresos, lo cual provoca el sobreconsumo de los más ricos y el subconsumo de los más pobres. En el primer caso, se llega a la situación insólita de desnutrición por exceso de alimentos.

En 1975, menos de un tercio de la población mundial (28%, exactamente), que vivía en los países capitalistas y socialistas industrializados, disponía de más o menos dos terceras partes de los productos alimenticios, considerando su producción y el comercio exterior. Por otro lado, 72% de la población mundial, habitante del Tercer Mundo capitalista o socialista, sólo disponía de poco más de la tercera parte de estos productos.

Si consideramos únicamente los cereales, que constituyen el alimento básico de la humanidad, la población de los países capitalistas y socialistas desarrollados (América del Norte, Europa Occidental, Oceanía, otros países capitalistas desarrollados, la URSS y Europa Oriental) absorbió en el período 1972-1974 poco más de la mitad del consumo mundial total (576 millones de toneladas de promedio anual) y la población de los países del Tercer Mundo, la otra mitad (573 millones de toneladas). Mientras que el primer grupo destinaba 72% de los cereales a los animales, para transformarlos fundamentalmente en carne, y sólo 28% al consumo humano directo, en el segundo grupo las proporciones respectivas eran de 13 y 87 por ciento. Cabe señalar, además, que los países desarrollados tienden a aumentar con rapidez cada vez mayor la cantidad de cereales destinados al consumo animal. Mientras que del trienio 1961-1963 al

casi igual a todo el consumo humano directo en el Tercer Mundo, cuyo promedio anual en los años 1972-1974 fue de 498 millones de toneladas.³

América Latina produce más calorías y proteínas que las que exigen las necesidades medias de su población. En el período 1971-1974, el conjunto de países de la región produjo un excedente de 10% de calorías en relación con sus necesidades medias. Aun así, gran parte de la población se subalimentó de una manera permanente a causa de la distribución desigual de los ingresos. Esto puede verse muy claramente en el cuadro 3, donde se señala, para toda la población latinoamericana, la distribución de los ingresos en 1971-1974, el porcentaje del ingreso total que correspondió a cada estrato, la disponibilidad diaria de calorías por persona para cada grupo de ingresos y el déficit o exceso de este consumo en relación con las necesidades mínimas.

Este cuadro se elaboró con base en cálculos de la CEPAL sobre la distribución del ingreso y en datos sobre el comportamiento de los consumidores de los diferentes grupos, obtenidos mediante encuestas sobre los presupuestos familiares. A pesar de su carácter global, que subraya el peso de los países latinoamericanos grandes, el cuadro es bastante interesante.

Los resultados nos muestran que el 20% más pobre de la población latinoamericana tiene un déficit calórico muy grave acompañado, sin duda, de un gran déficit de proteínas, puesto que cuando hay una falta importante de calorías en relación con las necesidades, las proteínas se utilizan más para cubrir el déficit de energéticos que para cumplir su función natural.

CUADRO 3

América Latina: estimación de la disponibilidad diaria de calorías por grupos de ingresos (Promedio de los años 1971-1974.)

	<i>Grupos de ingresos en la población total (%)</i>	<i>Participación de cada grupo en el total de ingresos (%)</i>	<i>Disponibilidad promedio de calorías por día y por persona</i>	<i>Déficit o exceso de calorías respecto a las necesidades mínimas¹</i>
Muy bajos	20	3	1 700-1 850	- 700 a - 550
Bajos	30	11	2 100-2 300	- 300 a - 100
Promedio	30	25	2 500-2 600	+ 100 a + 200
Altos	15	31	3 000-3 200	+ 600 a + 800
Muy altos	5	30	4 100-4 700	+ 1 900 a + 2 300
	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>2 500</i>	<i>+ 200</i>

1. La necesidad diaria mínima por persona se estima en 2 400 calorías.

Fuente: División Agrícola Conjunta CEPAL-FAO, cuadro 36 del documento *Situación y evolución de la agricultura en América Latina*, Lima, abril de 1976.

1972-1974 el promedio anual del consumo humano directo de cereales en estos países se mantuvo alrededor de 160 millones de toneladas, su utilización para la alimentación animal aumentó de 257 a 416 millones de toneladas. Así pues, puede afirmarse que los altos ingresos de los países desarrollados permiten que sus animales coman una cantidad de cereales

El siguiente 30% de la población, algo menos pobre que el grupo anterior, también padece un déficit de energéticos en relación con las necesidades mínimas. Las proteínas que

3. Véase *La Quatrième Enquête Mondiale sur l'Alimentation*, FAO, Roma, 1977, cuadro de p. 11.

consumen los miembros de este grupo también se utilizan, en parte, como energéticos.

A otro 30% de la población, con ingresos más altos que los grupos anteriores, corresponde un consumo equivalente al promedio regional y un poco superior a las necesidades mínimas.

El grupo de ingresos altos (15% de la población) tiene un consumo calórico promedio similar al de los países industrializados.

Por último, el 5% más rico consume en exceso y desperdicia una cantidad importante de alimentos energéticos. Sin duda, en este grupo se deben encontrar muchas personas mal nutridas debido al consumo excesivo de alimentos muy ricos en calorías y en proteínas animales.

En resumen, la mitad de la población latinoamericana, que sólo disponía de 14% del producto regional global, se encontraba en una situación de miseria que le impedía comer el mínimo considerado necesario para una vida normal. Esto se refiere sobre todo a las mujeres y a los niños. En efecto, a principios de los años setenta gran parte de los 44 millones de niños menores de 5 años de los países latinoamericanos dependía de las familias más pobres. Esto explica la desnutrición infantil grave en América Latina, la cual afecta a 35% de los niños de la región y, en menor grado, a otro 14 por ciento.⁴

Por otro lado, estudios hechos en 1973 por la Organización Panamericana de la Salud revelaron que las carencias nutricionales y la inmadurez congénita (con frecuencia debida a una mala alimentación de la madre) eran la causa principal de 6% de las muertes infantiles, y que esos dos factores estaban presentes en otro 57% de los casos. Así pues, en América Latina la subalimentación aparece vinculada con más de la mitad de las muertes de niños menores de 5 años.⁵

Esta desnutrición no afecta solamente a los niños, sino también a los adultos. Las anemias de origen nutricional, la hipovitaminosis A, el bocio y el cretinismo endémico, causados por insuficiencias alimentarias generalizadas y específicas, son enfermedades características y muy frecuentes en América Latina.

En un estudio realizado por la FAO y la SIECA se confirma, para el caso de América Central, la relación entre la disponibilidad de alimentos y el nivel de ingresos de los diferentes estratos.⁶ Se dividió a la población de los cinco países del Tratado de Integración Centroamericana (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica) en cuatro grupos socioeconómicos, según su nivel de ingresos en 1970: el de ingresos más bajos, que abarca a 50% de la población de cada país; el de ingresos intermedios (30%); el de ingresos altos (15%) y el de ingresos más altos (5%). Para cada grupo se estudió, según el presupuesto de los consumi-

dores, la relación entre el nivel de ingresos y su consumo aparente, diario, de calorías y proteínas. En el cuadro 4 se muestran los resultados de este estudio.

Nuevamente aparecen grandes diferencias de disponibilidad de calorías y de proteínas entre los grupos más pobres (menos del mínimo considerado indispensable) y los más ricos, que sin duda comen demasiado.

Este estudio también nos permitió determinar otros aspectos de la subalimentación popular. No se trata sólo de la insuficiencia cuantitativa para los estratos más pobres, sino de un desequilibrio en la composición de los alimentos. Hay un exceso de calorías por ingestión de cereales, azúcar y raíces comestibles y un déficit de calorías por ingestión de lípidos.⁷

CUADRO 4

América Central: disponibilidad de calorías y proteínas por grupos socioeconómicos (1970)

Estratos (% de la población)	Guatemala	El Salvador	Honduras	Nicaragua	Costa Rica
<i>Calorías</i>					
Bajos ingresos (50)	1 326	1 345	1 465	1 767	1 990
Medianos (30)	2 362	2 128	2 661	2 703	2 632
Altos (15)	2 919	2 697	3 268	3 255	3 107
Más altos (5)	4 234	3 695	4 590	3 931	4 112
<i>Proteínas (gramos)</i>					
Bajos ingresos (50)	31	30	33	47	47
Medianos (30)	57	50	65	73	70
Altos (15)	76	68	86	90	87
Más altos (5)	130	101	137	112	123

Fuente: FAO-SIECA, *op. cit.*, vol. 2.

Otro aspecto que sobresale en los sectores de bajos ingresos de América Central es la mala distribución de los alimentos en el núcleo familiar. Los adultos que trabajan consumen la mayor parte, en detrimento de la alimentación de los niños y de las mujeres embarazadas. Encuestas realizadas por el Instituto de Nutrición para Centroamérica y Panamá (INCAP) muestran que, incluso cuando se dispone de suficientes alimentos, el desequilibrio de una alimentación poco variada, con una mayoría de productos que sólo llenan el estómago, provoca desnutrición en los niños. Esto es muy característico de las zonas rurales de estos países.

Para ver la relación entre la disponibilidad de alimentos y el nivel de ingresos disponemos de estudios todavía más precisos. Tomemos, por ejemplo, el caso del Gran São Paulo, el corazón de la región más desarrollada de Brasil; en verdad, el centro del "milagro económico" brasileño. En 1970 vivían ahí cerca de ocho millones de personas y en 1975, alrededor de once millones. La distribución de los ingresos es menos desigual que en todo Brasil. Efectivamente, mientras que en

4. *Necesidades de alimentos*, . . . *op. cit.*

5. Véase OCDE, *Coopération pour le développement, examen 1977*, París, p. 129.

6. FAO-SIECA, *Perspectivas para el desarrollo y la integración de la agricultura en Centroamérica*, 2 vol., Guatemala, 1974.

7. Alimentos grasos.

1972 75% de los brasileños ganaba menos de dos salarios mínimos, en el Gran São Paulo este porcentaje sólo llegaba a 55%. En esa misma época, 53% de la población total, incluido el grupo antes mencionado, ganaba menos de un salario mínimo; en el Gran São Paulo esta proporción no llegaba sino a 19 por ciento.⁸

En lo que concierne a los habitantes del Municipio de São Paulo, que representan el sector más grande de la población (6 millones en 1970 y 8 millones en 1975), se han hecho encuestas bastante detalladas en 1969 y 1970 para determinar la relación entre el ingreso familiar y la situación alimentaria, considerando la aportación de nueve elementos esenciales: calorías, proteínas, calcio, hierro, vitamina A, tiamina, riboflavina, niacina y ácido ascórbico. Se midió, para cada grupo de ingreso familiar, el consumo de estos nueve elementos. El cuadro 5 muestra lo esencial de estos resultados.

Veremos que a un nivel de salarios más bajo corresponde una insuficiencia alimentaria más considerable.

CUADRO 5

Municipio de São Paulo: disponibilidad de elementos nutritivos entre la población trabajadora, con relación a los requerimientos mínimos, según el nivel de ingresos (1969-1970, %)

Elementos nutricionales	Hasta 3 salarios mínimos	De 3.1 a 6.2 salarios mínimos	Más de 6.2 salarios mínimos
Calorías	91	101	110
Proteínas	86	95	108
Calcio	42	50	65
Hierro	101	108	114
Vitamina A	26	36	50
Tiamina	72	74	77
Riboflavina	54	62	78
Niacina	96	110	129
Acido ascórbico	56	79	104
Disponibilidad de los 9 elementos nutritivos estudiados ¹			
Buena	2	4	5
Mala	2	1	2
Muy mala	5	4	2

1. Se considera buena de 95 a 100; mala de 75 a 94.5 y muy mala la inferior a 75.

Fuente: Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos (DIEESE), *Familia asalariada: padrão e custo de vida*, enero de 1974.

Una de las conclusiones de este estudio indica que 52% de la población de la ciudad de São Paulo y 73% de la de los otros municipios que constituyen el Gran São Paulo estaban subalimentados.

La misma institución (DIEESE) llevó a cabo un estudio

8. Todos estos datos provienen del estudio *São Paulo 1975: Crescimento e Pobreza*, Ediciones Loyola, hecho por un equipo del CEBRAP para la Comisión de Justicia y Paz de la Arquidiócesis de São Paulo.

sobre el valor real del salario mínimo, que se publicó en el semanario *O São Paulo*.⁹ Este salario mínimo se estableció en Brasil en julio de 1940 y su valor real varió a lo largo del período. Si se compara la evolución del salario mínimo con la de la mortalidad infantil en São Paulo, puede observarse que siempre que el primero aumenta la segunda disminuye, y siempre que aquél disminuye, ésta aumenta.

El Congreso de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia señalaba, en 1973, que desde hacía diez años había aumentado la mortalidad infantil en el estado de São Paulo. Para este período, se midió la relación entre el salario mínimo y su poder de compra de un grupo de alimentos básicos, cálculo que se hizo en términos del tiempo de trabajo necesario para pagar las compras de un mes. En el cuadro 6 se muestran los resultados.

Para comprar los mismos productos alimenticios que en diciembre de 1959, en marzo de 1978 el trabajador que percibía el salario mínimo debía trabajar el doble de tiempo. Y esto, sin tomar en cuenta otras necesidades básicas, tales como la vivienda, la educación y el cuidado de la salud. De esto se infiere que si tres cuartas partes de los brasileños y más de la mitad de los habitantes de São Paulo ganan menos de dos salarios mínimos, la mortalidad infantil y la subalimentación deben haberse agravado de 1959 a 1978.

Estos tres ejemplos —de toda América Latina, de América Central y de São Paulo— que provienen de fuentes diferentes y que abarcan desde la región completa hasta su centro urbano más rico, muestran la estrecha relación entre el nivel de ingresos de los diferentes estratos socioeconómicos de la población y el consumo de alimentos. Asimismo señalan la gravedad de la desnutrición en sectores considerables de la población latinoamericana, gravedad que permanece oculta si el análisis no va más allá de la disponibilidad promedio de alimentos.

Además de la distribución del ingreso entre los diferentes grupos de la población, habría que estudiar también otro factor económico: la influencia del nivel absoluto de los ingresos. Según la ley de Ernest Engel,¹⁰ de validez casi universal comprobada, hay una relación inversa entre la proporción del gasto total dedicada a alimentos y el nivel de ingresos de una familia. Esto se observa también en América Latina. La proporción de los ingresos destinada a la alimentación disminuye a medida que las familias se enriquecen, a pesar de que, en términos absolutos, las familias más ricas gastan mucho más en alimentos por persona que las más pobres. A principios del decenio de 1970, en América Latina, los promedios nacionales de gasto en alimentos oscilaban de 42 a 60 por ciento del gasto familiar total. Esta proporción subía a más de 75% en las familias más pobres y disminuía hasta 20% en las de ingresos más altos.¹¹ En toda América Latina, el coeficiente de elasticidad

9. Véase el semanario *DIAL*, núm. 457, París, 29 de junio de 1978.

10. Estadístico alemán del siglo XIX; no confundirlo con Federico Engels, el amigo y camarada de Marx. Esta ley fue enunciada por Ernest Engel en 1857.

11. Véase *Situación y evolución de la agricultura y la alimentación en América Latina*, XIV Conferencia Regional de la FAO para América Latina, Lima, Perú, 21-29 de abril de 1976, p. 92.

CUADRO 6

Poder adquisitivo del salario mínimo, según el tiempo trabajado para adquirir los comestibles necesarios mensualmente para una familia obrera tipo

Productos	Cantidad (kg)	Diciembre 1959		Diciembre 1965		Diciembre 1970		Marzo 1978	
		Horas	Minutos	Horas	Minutos	Horas	Minutos	Horas	Minutos
Carne	6.0	23	48	26	24	37	41	50	38
Leche (litros)	7.1	4	36	4	15	5	46	6	30
Frijol negro	4.5	10	59	7	8	7	20	10	54
Harina de trigo	1.5	1	26	2	23	2	16	1	23
Papa	6.0	5	13	7	36	9	32	8	10
Tomate	9.0	5	19	8	24	7	23	18	39
Pan	6.0	6	35	7	48	13	50	13	01
Café (en polvo)	0.6	1	8	0	46	1	46	8	26
Plátano (docenas)	7.5	3	21	4	0	4	20	8	23
Mantequilla	0.75	5	39	7	19	7	42	7	59
Azúcar	3.0	2	8	3	48	3	07	3	35
Manteca de cerdo	0.75	3	21	3	44	3	0	3	40
<i>Total</i>		<i>78</i>	<i>17</i>	<i>87</i>	<i>20</i>	<i>103</i>	<i>19</i>	<i>147</i>	<i>14</i>

Fuentes: Productos y cantidad, Decreto-ley núm. 399 del 30 de abril de 1938. Precio medio en el Municipio de São Paulo, DIEESE, *op. cit.* Véase la nota 9.

del gasto en alimentos respecto al aumento del ingreso era de 0.6 a 0.7 por ciento.

Además de la influencia del ingreso, entre las poblaciones hay diferencias en el consumo de alimentos que dependen del hábitat urbano o rural, de factores socioculturales, agronómicos, tecnológicos y geográficos, para no citar sino los más importantes. Esto es lo que analizaremos a continuación.

CULTURA Y GEOGRAFIA ALIMENTARIAS DE AMERICA LATINA

En la mayoría de los países latinoamericanos para los cuales se dispone de estudios sobre la situación alimentaria, se observa que el consumo de alimentos energéticos parece más elevado en el campo que en la ciudad, con excepción de ciertas regiones muy pobres, como el nordeste de Brasil. Por el contrario, en el este y el sur de Brasil los pobladores rurales consumen más alimentos energéticos que los urbanos.¹²

No se ha podido observar ninguna uniformidad en el consumo de proteínas entre las poblaciones urbanas y rurales. No obstante, parece que el consumo de proteínas de origen animal es, en general, mucho más elevado en las zonas urbanas, las que consumen también una mayor cantidad de lípidos.

Una gran proporción de los alimentos que consumen los campesinos proviene de la producción de autosubsistencia. Empero, las condiciones naturales y los factores climáticos hacen que, en general, el consumo rural sea menos variado que el urbano y esté más sometido a las fluctuaciones

12. Ver "Disponibilités caloriques par jour et par personne, par groupe de revenu au Brésil", Fundación Getulio Vargas, publicado en *La Quatrième Enquête Mondiale sur l'Alimentation*, *op. cit.*

estacionales. Hay épocas del año en que la desnutrición estacional por insuficiencia de recursos alimenticios puede ser muy grave para la población rural. Incluso puede transformarse en hambre. Esto sucede con bastante menos frecuencia en las ciudades, debido a que es más fácil que el gobierno tome en cuenta sus necesidades.

El régimen alimentario de los campesinos depende sobre todo de alimentos básicos, como los cereales (maíz, trigo, arroz) y las raíces comestibles (papa, mandioca). El de los habitantes urbanos es mucho más diversificado. Consumen más fruta, carne, huevos, pescado y grasas comestibles. Esto se debe, en parte, a que los ingresos de los habitantes urbanos son más elevados,¹³ pero también a que en las ciudades se dispone de más productos alimenticios que en las regiones rurales. Sin embargo, además de esta diferencia de regímenes, en América Latina hay una diversidad considerable de sistemas alimentarios, que dependen de los ecosistemas o de las condiciones geográficas de los diferentes países y regiones. Por ejemplo: andinos, templados, de bosque tropical, etcétera.

En una clasificación general, se han establecido seis grandes grupos de países según el tipo de alimentación predominante.¹⁴

El primero es aquel cuyo *producto alimenticio básico es el maíz*. Incluye cuatro países centroamericanos (Guatemala,

13. Incluso entre los más pobres. De los habitantes más pobres de las grandes ciudades latinoamericanas, 40% percibe ingresos hasta cinco veces superiores a los del 40% de los habitantes rurales más pobres. Véase *Las transformaciones rurales en América Latina: ¿Desarrollo social o marginación?*, Cuadernos de la CEPAL, Santiago de Chile, 1979, p. 41.

14. Clasificación según un documento elaborado por la División Conjunta CEPAL/FAO: *La alimentación en América Latina dentro del contexto mundial*, presentado en la XIII Conferencia Regional de la FAO para América Latina, Panamá, agosto de 1974.

El Salvador, Honduras y Nicaragua); uno del Caribe (Haití) y uno sudamericano (Bolivia). México también podría integrar este grupo, pero por otras características de su sistema alimentario se clasifica en el quinto. En todos los países de este grupo son insuficientes el consumo de alimentos energéticos por persona (menos de 2 000 calorías, excepto en Nicaragua) y el de proteínas, en especial las de origen animal.

Es considerable el peso del maíz en la alimentación total. Entre una cuarta parte y la mitad de las calorías totales que se consumen provienen del maíz, y en el caso de Guatemala, más de la mitad.

El segundo grupo de países es aquel cuya *base alimenticia está constituida por el azúcar y las raíces comestibles*. Lo integran: Colombia, Ecuador, Perú y la República Dominicana. En estos países, el consumo promedio de alimentos energéticos es, como en el primer grupo, bastante reducido (alrededor de 2 000 calorías diarias por persona). Su consumo de proteínas totales y de origen animal es insuficiente también, inferior al promedio de la región, pero disponen de un poco más de las segundas que el grupo anterior. En este caso, el azúcar y las raíces comestibles aportan entre 30 y 40 por ciento de las calorías totales.

El tercer grupo es aquel cuyo *producto alimenticio básico es el azúcar, asociado a un consumo importante de trigo y de arroz*. Está formado por tres países del Caribe (Cuba, Jamaica y Trinidad y Tabago) y uno centroamericano (Costa Rica). En estos países, el consumo promedio de alimentos energéticos es muy superior al de los dos grupos anteriores (entre 2 300 y 2 700 calorías), al igual que el consumo de proteínas totales, de proteínas de origen animal y de materias grasas. El azúcar, el trigo y el arroz aportan más de 50% de las calorías totales.

El cuarto grupo de esta tipología alimentaria es aquel *cuya base esencial es el arroz*. Está compuesto por tres países: Panamá, Guyana y Surinam. Este grupo también consume mucha azúcar, pero menos que los dos anteriores. El arroz aporta de 25 a 40 por ciento de las calorías totales. En cuanto a los energéticos, el nivel alimentario promedio de este grupo es similar al del anterior, así como su consumo de proteínas totales y de origen animal.

El quinto grupo es *más heterogéneo desde el punto de vista de su tipología alimentaria*. Está constituido por Brasil, México, Venezuela y Paraguay. Los países que lo forman presentan ciertas similitudes pero cada uno de ellos tiene particularidades. Su consumo promedio de calorías es superior al de todos los grupos anteriores (entre 2 500 y 2 800 calorías); sucede lo mismo con el consumo de proteínas totales y de origen animal, excepto en México.

Estos países consumen poco arroz con excepción de Brasil, gran consumidor de este producto. El trigo tampoco es muy importante, excepto en el caso de Venezuela. Consumen mucha azúcar, excluyendo a Paraguay. Paraguay y Brasil consumen muchas raíces comestibles, pero México y Venezuela muy pocas. Brasil se caracteriza además por ser el mayor consumidor de leguminosas de toda América Latina y Paraguay porque es un gran consumidor de carne.

Finalmente, se puede formar un sexto grupo con *los grandes consumidores de trigo*. Abarca a tres países del cono sur: Argentina, Chile y Uruguay. En cuanto a calorías, proteínas totales y proteínas animales, Argentina y Uruguay tienen el nivel alimentario más alto de América Latina. La situación de Chile es similar a la de los países del grupo anterior. En Argentina y Uruguay, cerca de una tercera parte del total de calorías consumidas proviene del trigo; en el caso de Chile, este porcentaje es superior a 40 por ciento.

A pesar de todas sus deficiencias, esta clasificación representa un enfoque que sería necesario profundizar y perfeccionar para conocer mejor las relaciones entre la geografía, los ecosistemas, el nivel de desarrollo y la cultura alimentaria de los latinoamericanos.

Para completar este análisis de la geografía alimentaria de los países latinoamericanos, quisiéramos señalar brevemente cuáles son los productos respecto de los cuales América Latina se ha hecho más dependiente del exterior en los últimos años. Asimismo, indicaremos cuáles son los países más afectados por esta dependencia alimentaria.¹⁵

En cuanto al *trigo*, todos los países latinoamericanos, excepto Argentina, México y Uruguay, dependen del exterior. La situación es más grave en América del Sur, donde el consumo por persona es más importante que en Centroamérica y en los países del Caribe.

En el caso del *maíz*, los países más dependientes del exterior son Costa Rica, Cuba, Chile, El Salvador, Trinidad y Tabago y Venezuela.

Con respecto al *arroz*, los más dependientes son Cuba, Guyana, Jamaica y Trinidad y Tabago.

En cuanto al *azúcar*, Chile y Uruguay.

En cuanto a la *carne de res*, Chile, Perú y Venezuela.

En cuanto a la *leche y sus derivados*, Bolivia, Cuba, Chile, Jamaica, Perú, la República Dominicana, Trinidad y Tabago y Venezuela.

En cuanto a las *semillas oleaginosas*, todos, excepto Argentina, México, Paraguay y Uruguay.

Esto muestra la vulnerabilidad de los países latinoamericanos, desde el punto de vista de su alimentación.

Desde hace algunos años, esta vulnerabilidad ha tendido a aumentar muy rápidamente, sobre todo en los países más grandes, en los que ese aumento ha sido considerable a partir de los años setenta. Esto indica que, para satisfacer sus necesidades alimentarias, América Latina y otras regiones del Tercer Mundo dependen cada vez más de los países industrializados, particularmente de Estados Unidos y de los miembros de la Comunidad Económica Europea.

En el decenio 1951-1961, la tasa de crecimiento anual promedio del volumen de productos agrícolas importados fue

15. *Ibid.*

de 3.1%. En el decenio siguiente, 1961-1971, esta tasa aumentó a 6.2%; de 1971 a 1974 fue de 12.3%. Este crecimiento fue particularmente serio en los países más poblados (Argentina, Brasil y México) que, en conjunto, aumentaron sus importaciones agrícolas de un promedio anual de 2.2% en 1961-1971, a 26.9% en 1971-1974.¹⁶ Desde este punto de vista, la situación de México, por ejemplo, ha seguido agravándose. En 1979, este país tuvo que importar más de 4.8 millones de toneladas de cereales y semillas oleaginosas; se estima que en 1980 las necesidades de importación de estos mismos productos serán de 7.2 millones de toneladas.¹⁷

LOS FACTORES QUE CONTRIBUYEN A MANTENER LA SITUACION

Ya es hora de señalar cuáles son los factores que han contribuido a la desnutrición de sectores considerables de la población latinoamericana, y que siguen agravándola. Estos factores son también los responsables de la creciente dependencia alimentaria de la región con respecto a los países capitalistas industrializados.

Entre ellos destacan:

1) La herencia colonial de América Latina, reforzada por el modelo de desarrollo actual que busca, sobre todo, integrar la economía de la región al mercado mundial dominado por el capitalismo transnacional.

2) La persistencia de políticas agrarias que, por una parte, permiten mantener la concentración de la propiedad en los latifundios tradicionales y, por la otra, favorecen nuevas formas de concentración en beneficio de los empresarios capitalistas. Esto se vincula con las políticas de modernización tecnológica y de aumento de la producción que fomentan el desempleo y el subempleo entre la población rural activa, sin que la economía industrial sea capaz de reabsorber productivamente a los trabajadores expulsados del sistema agrario.

3) La penetración en el sistema de producción y distribución de alimentos, por parte de sociedades transnacionales que se hacen cada vez más dominantes y que contribuyen a homogeneizar un sistema alimentario calcado del mundo capitalista occidental. Esto provoca el encarecimiento creciente de la alimentación, lo cual implica altas tasas de ganancia para los inversionistas en la industria alimentaria y, al mismo tiempo, dificulta mucho que los estratos pobres de la población puedan satisfacer sus necesidades.

4) Las políticas de acumulación, de ingresos y anti-inflacionarias que hacen recaer el peso de los sacrificios en los sectores mayoritarios de la población empobreciéndolos de una manera relativa, y con bastante frecuencia absoluta, en relación con las burguesías capitalistas nacionales, con el

capital transnacional y con la clase media alta de los sectores urbanos.

La herencia colonial

Hace cuatro siglos —es decir, desde la conquista y la colonización española y portuguesa— la economía latinoamericana se organizó para exportar productos primarios agrícolas o minerales a los países centrales (primero colonizadores, después dominadores del mercado mundial) y para importar de éstos productos elaborados: manufacturas, equipo, tecnología, servicios.

Esta economía, que antes de la conquista estaba centrada en las necesidades básicas de la población indígena, se reorientó primero por la violencia, después por la costumbre y el dominio económico y cultural, hacia un mecanismo de intercambio en el cual, si bien la importancia de los diferentes productos cambió con el tiempo (oro, plata, tintes, azúcar, cueros, sebo, cacao, café, nitratos, cereales, cobre, hierro, estaño, petróleo, carne, harina de pescado, soya), la naturaleza fundamental del sistema no evolucionó. Lo que contaba en el sistema económico latinoamericano era aquello que, en cada momento, interesaba al mercado mundial.

En función de esto se invertía, se desplazaba a las poblaciones, se importaba mano de obra si era necesario (trata de esclavos e inmigraciones europeas y asiáticas, vinculadas con la economía de plantaciones), se organizaban los transportes y las vías de comunicación, se establecían los puertos, se ocupaba el territorio; en una palabra: se llevaba a cabo el llamado desarrollo.

Después de cuatro siglos, este comportamiento ha cambiado poco. Apenas se modificó algo después de la crisis de los años treinta y la segunda guerra mundial, durante la fase económica conocida como la política de industrialización sustitutiva de importaciones. Empero, hoy en día, bajo la influencia creciente de las transnacionales y del sistema financiero internacional en el sistema económico latinoamericano, se ha vuelto a favorecer abierta y prioritariamente el desarrollo de las exportaciones. Por supuesto, la razón es el desequilibrio creciente que esta influencia ha generado en las relaciones con el exterior. Como es necesario compensar los déficit de la balanza comercial, amortizar y pagar los intereses de los créditos pedidos antes para cubrir tales déficit, pagar tecnologías y servicios, rembolsar utilidades a los inversionistas extranjeros y tener recursos externos para que las burguesías nacionales coloquen parte de sus capitales en Suiza o en Estados Unidos, se favorece todo lo que contribuye a incrementar el valor de las exportaciones. En este tipo de desarrollo participan a un tiempo el Banco Mundial, el Banco Interamericano, los bancos privados, el Fondo Monetario Internacional, la ayuda técnica internacional, etcétera.

En esta situación, aun cuando aparentemente el sistema colonial ya no tiene cabida, hay una presión interna de origen histórico y una externa ejercida por todas estas influencias que acabamos de mencionar y por la política de "modernización", que impulsan a seguir tratando de producir para la exportación. Como los productos agrícolas exportables, tradicionales o nuevos, desempeñan un papel muy

16. Véase *25 años en la agricultura de América Latina: rasgos principales 1950-1975*, Cuadernos de la CEPAL, Santiago de Chile, 1978.

17. Véase *Latin America Commodities Report*, Latin American Newsletters, Londres, 21 de marzo de 1980.

importante en muchos países latinoamericanos, incluso en los más industrializados, casi en todas partes las mejores tierras, la mayoría de las inversiones agrícolas y todo aquello que contribuya a aumentar la productividad, se dedica sobre todo a ese tipo de producción. El apoyo a la producción de alimentos para el mercado interno se deja en segundo plano, excepto cuando se trata de los destinados a la población urbana de ingresos altos o medios, que permiten obtener un buen margen de utilidades. En todo esto, la más perjudicada es la producción de alimentos básicos, respecto de los cuales muchos países latinoamericanos se hacen cada vez más dependientes del exterior. También sucede que los productos de exportación van ocupando tierras que antes se destinaban al cultivo de alimentos, el cual se ve desplazado por su menor rentabilidad. Entre los casos más recientes, cabe citar dos: el de la ampliación de las tierras destinadas a la ganadería extensiva, para producir carne exportable barata, y el de la soya.

Veamos, por ejemplo, lo que sucedió en Centroamérica con la expansión de la producción de carne para la exportación.¹⁸

En las estadísticas del comercio internacional, los países centroamericanos no aparecieron sino a fines de los años cincuenta. Entre 1958 y 1970, Costa Rica, Honduras, Nicaragua y Guatemala se convirtieron en exportadores de carne para el mercado estadounidense. Esta expansión fue muy rápida. En diez años, las exportaciones centroamericanas de carne aumentaron de 17 000 ton (promedio de 1960-1962) a 73 000 ton (promedio de 1970-1972). En todos los casos, el producto exportado era el mismo: se trataba de carne deshuesada y refrigerada destinada a la industria estadounidense. Esta comenzó a abastecerse cada vez más en países que vendían la carne a precios bajos, para fabricar productos (salchichas, hamburguesas, etc.) cuya demanda aumentó considerablemente en Estados Unidos. En Centroamérica, estas empresas compraban la carne alrededor de 40% más barata que en Estados Unidos.

El desarrollo de esta nueva actividad de exportación tuvo varias consecuencias para Centroamérica. Por una parte, un aumento de las exportaciones de carne tres veces más rápido que el de la producción. El resultado fue una disminución de la disponibilidad para el consumo de la población centroamericana, la cual, por otra parte, aumenta a un ritmo muy acelerado. De 1960 a 1970, por ejemplo, la disponibilidad de carne bovina para los cinco países del Mercado Común Centroamericano disminuyó 14% por habitante.

Además, como en Centroamérica este consumo se distribuye de una manera muy desigual, se agravan las condiciones alimentarias de los más pobres. En lo que se refiere a la carne bovina, el 50% más pobre de los centroamericanos consumía 3.6 kg anuales por persona, y el 5% de los más afortunados consumía 31 kilogramos.

Por otra parte, cabe señalar que la expansión de esta

producción de carne para la exportación es obra de los grandes ganaderos que utilizan métodos de producción muy extensivos, con excepción de algunas empresas de cría intensiva. Esto limita las tierras disponibles para el cultivo. Incluso en El Salvador, donde es muy fuerte la presión sobre la tierra, se consagra a la ganadería extensiva un gran porcentaje de tierras clasificadas como aptas para el cultivo anual intensivo. Esta forma de cría se ve favorecida, además, por el mantenimiento de la gran propiedad. Por consiguiente, debido a las buenas tierras agrícolas que se le destinan, la ganadería agrava la insuficiencia de la producción de alimentos básicos y, por ende, se convierte en un factor poderoso de desnutrición para las capas más pobres de la población centroamericana.

Examinemos ahora las consecuencias alimentarias de la expansión de las exportaciones de soya en Brasil.¹⁹

A partir de mediados de los años sesenta, la soya fue el producto que más se expandió en este país.

El alza de precios en el mercado internacional fue el resultado de una demanda creciente de soya y de sus subproductos, utilizados sobre todo como ración animal. A principios de los años setenta hubo una reducción coyuntural de la oferta, principalmente a causa del descenso de la producción en Estados Unidos, que es el proveedor más grande del mundo. El alza de los precios promedio por tonelada exportada de Brasil aumentó 111% de 1965 a 1975. Esto explica en parte el incremento espectacular de este producto en el suelo brasileño. De 1965 a 1975 las exportaciones de soya aumentaron más de 44 veces. A pesar de su valor nutritivo, la soya nunca formó parte de la alimentación habitual del brasileño; de ahí que se exportara gran parte de la producción. En 1975 se exportaba 70% de la producción brasileña y la soya constituía, más que el café, la principal exportación agrícola de este país.

En el estado de Paraná, las superficies destinadas al cultivo de la soya aumentaron de menos de 6 000 hectáreas en 1960-1962 a 1 600 000 en 1974-1975. Es evidente que para abarcar una superficie de tal extensión, un producto nuevo tenía que ocupar la tierra que antes se destinaban a otros. Particularmente en Paraná, fue muy importante la sustitución de otros cultivos alimenticios, incluso de exportación, por la soya. Como lo subraya un estudio de la Fundação Getulio Vargas:²⁰ "La expansión de la superficie de cultivo de la soya en Brasil ocasionó la sustitución de otros cultivos comparativamente menos rentables desde el punto de vista del agricultor. De este modo, las superficies que antes se destinaban a las plantaciones de café, maíz, algodón, frijol, arroz y pasturas se incorporaron al cultivo de la soya, particularmente en Paraná, donde la expansión de esta leguminosa fue la que más aumentó en los últimos años. En ese estado el proceso principió remplazando los cafetales, considerados antieconómicos, y actualmente expulsa no sólo al maíz, sino también al frijol y al arroz. El resultado

19. Véase Tania Navarro Swain, *Trente ans d'histoire du Paraná: des grands espaces vides au capitalisme agraire 1940-1970*, tesis de doctorado, Universidad de París III, Instituto de Altos Estudios de América Latina, París, 1979.

20. *Cojuntura Economica*, vol. 30, 1976, p. 116.

18. Véase Bernard Roux, "Expansion du capitalisme et développement du sous-développement: l'intégration de l'Amérique centrale au marché mondial de la viande bovine", *Revue Tiers Monde*, núm. 62, Presses Universitaires de France, París, abril-junio de 1975.

negativo de este proceso, llevado a sus últimas consecuencias, sería el monocultivo orientado al mercado externo, lo cual significaría una vulnerabilidad muy inconveniente para el país frente a las fluctuaciones del mercado internacional, así como una amenaza al suministro interno de otros productos agrícolas''.

Como, por otro lado, la producción de la soya se puede mecanizar fácilmente, su extensión produjo un efecto negativo desde el punto de vista del empleo y, por ende, en los ingresos de la mano de obra rural.

Una tercera sustitución que amenaza a las tierras que se destinaban anteriormente a cultivos alimenticios está ligada al desarrollo del programa conocido como "Pro-Alcool", también en Brasil. En este caso no se trata de favorecer un cultivo de exportación, sino de sustituir una importación considerada vital para el funcionamiento del modelo social establecido: el combustible para automóviles. Debido, por una parte, al peso de las importaciones de petróleo en el comercio exterior de Brasil y a la necesidad de disminuir el déficit de la balanza de pagos²¹ y por otra, a la posibilidad técnica de sustituir parte de este petróleo con el alcohol obtenido de la caña de azúcar,²² se corre el riesgo de acelerar considerablemente la sustitución de cultivos alimenticios por el de caña de azúcar para obtener alcohol. En efecto, desde el punto de vista de los productores, resultará más rentable destinar sus tierras a la fabricación de una materia prima para los consumidores de automóviles, que son las clases medias con buenos ingresos, que producir alimentos básicos para una población de ingresos bajos.

Además, este programa "Pro-Alcool", que goza de la ayuda del Estado, contribuye a aumentar la concentración de la tierra y favorece la expulsión de los agricultores, como acaban de señalarlo los obispos brasileños.²³

Así pues, estos tres ejemplos muestran cómo el modelo de desarrollo que persigue ante todo la integración de la economía latinoamericana en el mercado mundial opera en detrimento de la situación alimentaria de las mayorías más pobres de la población.

Examinemos ahora el segundo factor que agrava la desnutrición de la población latinoamericana.

21. Según el exministro de finanzas de Brasil, Karlos Richbieter —que dimitió a principios de 1980 por sus diferencias con el ministro de planeación Delfim Neto respecto a la situación de la balanza de pagos—, en 1980 Brasil debería gastar 10 400 millones de dólares para pagar sus importaciones de petróleo. Esto representaría 25% del total de recursos que necesitaría el país, los que ascenderían a 41 000 millones para cubrir el conjunto de sus importaciones más la amortización y los intereses de su deuda externa. Todo esto frente a exportaciones del orden de 17 000 millones de dólares, lo cual supone un déficit de 24 000 millones. Véase *Latin America Regional Report* sobre Brasil, *Latin America Newsletters*, Londres, del 8 de febrero de 1980.

22. La industria automovilística brasileña prevé producir, en 1980, 250 000 automóviles que utilizarán como carburante una mezcla de alcohol de caña y de petróleo. Véase *Latin America Commodities Report*, del 4 de abril de 1980.

23. Declaración de los obispos de Brasil al terminar su XVIII asamblea general, celebrada del 5 al 14 de febrero de 1980, sobre la cuestión de la tierra en Brasil. Véase el semanario *DIAL*, núm. 605, París, 13 de marzo de 1980.

La concentración de la tenencia de la tierra, las formas de modernización y el subempleo rural

Desde la época de la conquista y de la colonización, en América Latina también ha sido una constante histórica la concentración de la tenencia de la tierra en grandes propiedades pertenecientes a un grupo reducido. Esto no cambió con la independencia de las repúblicas latinoamericanas, pues la revolución política no fue acompañada por cambios significativos en las estructuras sociales tradicionales. El liberalismo económico de fines del siglo XIX y la mayor apertura hacia el mercado mundial no hicieron más que reforzar esta concentración. A principios del siglo XX, el desarrollo de nuevas actividades de agroexportación también favoreció este mismo fenómeno. Incluso en los países donde tomaron el poder gobiernos más representativos de las clases medias urbanas, los sectores latifundistas tradicionales lograron conservar gran parte de sus tierras. Por otro lado, aparecieron nuevas burguesías agrarias, favorecidas por el proceso de modernización, que también concentraron en sus manos extensas propiedades. En la actualidad, todavía, en ciertas regiones recientemente colonizadas (la Amazonia, por ejemplo), se ve cómo la política de favorecer las grandes inversiones agrícolas subvencionadas por la colectividad (desgravación fiscal) permite la concentración de la propiedad de la tierra en inmensas fincas, ahora controladas por las transnacionales.

Todo esto ha favorecido el desarrollo de una agricultura de tipo extensivo, que crea pocas oportunidades de trabajo en las grandes propiedades. Por otro lado, la economía de plantación fue el origen de grandes fluctuaciones en las necesidades de trabajo entre las épocas de cosecha y los llamados períodos muertos del año. Todos estos fenómenos han acentuado el subempleo rural y han obligado a la población campesina, cada vez mayor, a emigrar a las ciudades, o bien a replegarse en los minifundios de tierras pobres, donde por el aumento de la densidad demográfica y por la falta de capital, sus condiciones de vida se vuelven cada vez más difíciles.²⁴ Sin la emigración temporal a las regiones de plantación, o a otras regiones del país o del extranjero, la población campesina no lograría sobrevivir ni siquiera en las miserables condiciones en las que subsiste actualmente.

A este factor de concentración de la propiedad, que implica la falta total o la insuficiencia de tierras para la inmensa mayoría de la población rural latinoamericana, se aunó, a partir de los años cincuenta, el proceso de "modernización". ¿Qué quiere decir "modernizar" en la América Latina actual? Significa tratar de copiar las técnicas de

24. En siete países latinoamericanos, ya en 1950-1960 los minifundios incapaces de proporcionar ocupación por tiempo completo y durante todo el año a una familia campesina y de satisfacer sus necesidades de consumo esenciales, abarcaban a la cuarta parte de la población agrícola activa (5.3 de 20.3 millones) y disponían de menos de 5% del total de tierras cultivables. Si consideramos el conjunto de tierras cultivables de cada país, en Colombia los latifundios tenían 147 veces más tierras por trabajador activo que los minifundios, en Chile 48 veces, en Brasil 30 veces y en Guatemala, 13 veces. Véase Solon Barraclough, *Agrarian Structure in Latin America: A Resumé of the CIDA Land Tenure Studies*, Lexington Books, Lexington, 1973.

producción de los países occidentales, que utilizan intensivamente el capital, son cada vez más mecanizadas e intentan economizar una mano de obra agrícola decreciente y relativamente cara. Empero, en países con mucho menos capital, en los que, además, gran parte de este capital implica un alto costo en divisas, y cuyo crecimiento demográfico y de la fuerza de trabajo es uno de los más rápidos del mundo actual, el resultado de la aplicación de estas tecnologías es aumentar la productividad de unos pocos y, al mismo tiempo, dejar sin empleo regular a la inmensa mayoría de los trabajadores, que cada vez son más marginados del sistema.

El resultado final es, por una parte, una rápida emigración masiva a las ciudades. De 1950 a 1976, más de 40 millones de campesinos tuvieron que abandonar el campo, a un ritmo cada vez más acelerado, para establecerse en los cinturones urbanos, donde constituyen un subproletariado miserable que vive de pequeñas actividades inestables, ante la incapacidad del sistema industrial o de servicios para absorberlos productivamente. A principios de los años cincuenta, esta emigración era del orden de un millón de personas por año; a fines del período, de casi dos millones.²⁵

Otra consecuencia de las políticas actuales que favorecen cierta forma de modernización es el desplazamiento creciente de los trabajadores agrícolas permanentes por eventuales que tienen menos oportunidades de empleo. En 1970, se calculaba que el monto de la subocupación agrícola en 15 países latinoamericanos equivalía al desempleo absoluto de más de la tercera parte de la mano de obra rural.²⁶ Hoy en día la situación debe ser aún más grave.

Es decir, se transfiere hacia las grandes ciudades a los campesinos que la concentración de la propiedad y el sistema de desarrollo aplicado mantienen en el desempleo, donde constituyen el sector más miserable de la población; o bien se les retiene en el campo, con ingresos cada vez más insuficientes a causa de la subocupación. Como vimos al principio de este trabajo, no es necesario demostrar los estrechos vínculos entre esta situación y la desnutrición de esos grupos de la población latinoamericana, a causa de la debilidad de sus ingresos.

Homogeneización del sistema alimentario

El tercer factor que contribuye hoy en día a la desnutrición de sectores considerables de la población latinoamericana es la penetración del sistema de producción y distribución de alimentos, por parte de empresas transnacionales que intentan imponer un sistema alimentario calcado del de los países occidentales industrializados.

Uno de los hechos socioeconómicos más importantes desde el decenio de los sesenta es la penetración total de la agricultura de los países latinoamericanos, por parte de las empresas transnacionales que tratan de integrar sus sistemas alimentarios a los de los países capitalistas industrializados. Esto se lleva a cabo mediante el desarrollo de cultivos

comerciales de tipo tradicional, o bien de nuevos productos, la creación de mercados para los insumos tecnológicos, la organización de nuevos mercados internos para productos alimenticios elaborados, etc. Este problema, que apenas empieza a estudiarse con profundidad, es de capital importancia.²⁷

Esta "agroindustria" o "agronegocio", como se le llama comúnmente, persigue abarcar tanto la producción y la distribución de los insumos para la agricultura como las operaciones productivas de la misma y el almacenamiento, transformación y distribución de los productos agrícolas y los alimentos envasados. Asimismo, trata de integrar las políticas de crédito agrícola y la investigación agronómica, ya sea mediante el manejo directo o la influencia indirecta.

En su acción de penetración, la agroindustria recibe una poderosa ayuda de las fundaciones privadas y de las universidades de los países industriales, así como de los organismos financieros y de cooperación técnica internacional; en una palabra: de todos aquellos que conciben la modernización, de una manera absolutamente unilateral, como un intento de aplicar en todas partes el modelo de producción y consumo de los países industrializados, en particular el de Estados Unidos.

La agroindustria no toca, ni le interesa tocar, los sectores de autoconsumo o el minifundio. Las poblaciones rurales de esos sectores son demasiado pobres, tienen parcelas demasiado reducidas y de mala calidad y no le interesan como productoras ni como consumidoras. Al menos por ahora, su objetivo son sobre todo los grandes, medianos y pequeños empresarios capitalistas que producen para la exportación o para el mercado interno, que ocupan las mejores tierras y tienen capital propio o posibilidades de acceso al crédito. Por otra parte, a la agroindustria le interesan fundamentalmente los consumidores urbanos: las burguesías, las clases medias y los sectores populares con un ingreso más elevado o, más bien, suficiente para que sean integrados como compradores en su sistema alimentario.

La penetración de este modelo de producción y de alimentación en la economía latinoamericana repercute en las poblaciones pobres del continente por un doble efecto complementario. Por una parte, margina de un modo creciente a los productores muy pequeños, la gran mayoría del mundo campesino, así como a los trabajadores sin tierra, que se empobrecen cada vez más debido al desempleo causado por tecnologías muy intensivas en capital.

Por otra parte, margina a los consumidores urbanos y rurales de muy bajos ingresos, que no están en condiciones de pagar productos alimenticios con un gran valor agregado por la industria y los servicios. E incluso aquellos pobres que están integrados al sistema porque disponen de un poder de compra un poco más alto que el del resto, deben sacrificar

25. Véase *Desarrollo social rural en América Latina*, documento para la reunión CEPAL-FAO sobre ese tema celebrada en Montevideo, Uruguay, del 9 al 11 de agosto de 1978, p. 24.

26. Véase PREALC, *El problema del empleo en América Latina: situación, perspectivas y políticas*, Santiago de Chile, 1976.

27. Al respecto, véase la tesis de doctorado de Susan George, *Stratégies d'intervention des pays industrialisés dans les systèmes alimentaires des pays périphériques*, Université de Paris III, diciembre de 1978, así como el expediente sobre "Transnacionales et Agriculture", preparado por Gonzalo Arroyo, Silvio G. de Almeida y J.M. von der Weid, en la revista *Amérique Latine*, núm. 1, CETRAL, París, enero-marzo de 1980.

otras necesidades, por lo cual se puede afirmar que pagan más por comer peor.

Debemos recordar que las calorías y proteínas pueden tener costos diferentes²⁸ y que el sistema de la agroindustria está orientado, en todos los niveles, hacia un consumo muy elevado de energía que aumenta los costos finales. Además, el sistema de comercialización absorbe una gran proporción del precio final de los productos alimenticios. Es un sistema alimentario organizado para obtener utilidades; cuanto más elaborado sea un producto, mayores serán las utilidades en todos los niveles. Si esto no tiene consecuencias demasiado negativas para los consumidores de altos ingresos —que incluso pueden comer alimentos más agradables con mayor facilidad—, sí agrava la situación de subalimentación de las mayorías de consumidores más pobres, sobre todo de los urbanos.

Políticas de acumulación, de ingresos y anti-inflacionarias

El último factor que contribuye de manera significativa a la subalimentación de un sector considerable de la población latinoamericana es el de las políticas que favorecen el proceso de acumulación de las burguesías capitalistas internas y del capital transnacional, en detrimento del Estado y del resto de la población. A esto debe agregarse que el modelo de consumo desarrollado implica también la necesidad de un ingreso muy concentrado, dado el nivel de las fuerzas productivas de la economía latinoamericana. En América Latina, por encima del mercado, las políticas monetarias anti-inflacionarias que están de moda se basan sobre todo en el sacrificio de los ingresos de los sectores más pobres de la población, lo cual agrava su situación alimentaria.

Hoy en día, América Latina busca desarrollarse en el marco de un sistema que se ha llamado, con justa razón, capitalismo periférico respecto al de los grandes centros capitalistas mundiales. El crecimiento de su economía exige, como es normal, un proceso de acumulación de capital; pero esta acumulación se emplea sobre todo para favorecer el desarrollo de una sociedad de consumo (y, en consecuencia, de una producción) cuyo modelo se importa de los países capitalistas centrales.

Este modelo de consumo exige un nivel de ingreso familiar que en nuestros días sólo perciben las clases altas y medias de la sociedad latinoamericana, que no son más, en el mejor de los casos, de 30% de la población total. Por otra parte, las técnicas de producción transferidas de los países centrales exigen una densidad creciente de capital por unidad de producción, al tiempo que absorben una proporción cada vez menor de la mano de obra total. Mano de obra que, por su parte, aumenta hoy en día con más rapidez que la población, lo que seguirá ocurriendo hasta fines del siglo.²⁹

28. J. Kiatzmann, *Nourrir dix milliards d'hommes?*, Presses Universitaires de France, París, 1975.

29. En los próximos 20 años debe esperarse un crecimiento explosivo de la mano de obra a tasa anuales cercanas o superiores a 3%, aun si la tasa de crecimiento demográfico baja del promedio actual de 2.7% por año. Esto se debe sobre todo a la composición por edades de la población actual y a la incorporación cada vez mayor de la mujer a la fuerza laboral. Véase *Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina*, núms. 311-313, CEPAL, Santiago de Chile, febrero-marzo de 1980.

Los aumentos de la productividad que estas técnicas traen consigo son aprovechados sobre todo por los estratos más ricos de la sociedad, que, con el capital extranjero, controlan la mayor parte de los medios de producción. Estos aumentos de la productividad apenas si se capitalizan en el país. Se utilizan sobre todo para ampliar el consumo de los sectores de más altos ingresos y de algunos de ingresos medianos; al mismo tiempo, se canalizan hacia los países centrales en forma de intereses sobre capitales invertidos o sobre créditos, o bien como pagos por tecnología o por servicios.

Cuando los sectores sociales medios que padecen el "efecto de demostración" de la sociedad de consumo tratan de obtener, mediante la lucha política y sindical, una mayor participación en los ingresos y, además, cuando a esta lucha se adhieren algunos sectores populares, la inflación se acelera.

La concentración de los medios de producción en manos de las burguesías locales y del capital extranjero que quieren apropiarse de la mayor parte de los excedentes es, a la larga —por este proceso de inflación—, incompatible con la subsistencia de las instituciones democráticas. Y lo es todavía más cuando el desarrollo de éstas aumenta el poder de negociación de los estratos medios y populares. La experiencia demuestra que cuando las tensiones sociales se hacen demasiado fuertes, las clases altas y el capital extranjero recurren a la fuerza militar para resolver, en su favor, la lucha por la redistribución de los ingresos. Mediante la eliminación de la fuerza política y sindical de los estratos medios y populares, es posible frenar y reducir la remuneración salarial, al tiempo que la expansión monetaria y las devaluaciones hacen subir los precios y restablecen la apropiación de los excedentes económicos por parte de las clases dominantes.³⁰

Así pues, el desarrollo en el marco del capitalismo periférico excluye a sectores considerables de la población latinoamericana. Ese desarrollo se lleva a cabo, ante todo, en beneficio de las clases locales más ricas y de las potencias capitalistas centrales. Al mismo tiempo, las clases pobres y medias bajas de la sociedad deben sobrevivir como puedan, entre el subconsumo y las tentaciones de una sociedad de consumo que está fuera de su alcance. La sociedad se vuelve cada vez más desigual, las tensiones sociales y políticas aumentan y, a la larga, el sistema sólo puede mantenerse con una dosis considerable de represión. Hay una incompatibilidad creciente entre el sistema de capitalismo periférico, la realidad demográfica de América Latina y las instituciones políticas democráticas.

En esta situación, la subalimentación de sectores considerables de la población latinoamericana no es sino un subproducto de la aplicación de este modelo.

En conclusión, debemos decir que no será posible eliminar el hambre y la desnutrición de una proporción muy importante de la población latinoamericana, sin definir una estrategia de acción capaz de superar los obstáculos que plantean los factores que acabamos de analizar. □

30. Puede verse una crítica profunda sobre el modo en que funciona el capitalismo periférico en América Latina en Raúl Prebisch, "Crítica al capitalismo periférico", en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, primer semestre de 1976.